



EL HUÉRFANO.

RESIDIAN en la Mancha el marqués de Valrisueño y su familia, los cuales solían pasar algunos meses del año en un pueblecillo de la mencionada provincia. Nada mas árido que esa parte de la Península, ni mas desagradable que viajar por ella, pues los caminos (hablamos de los del interior) empiezan, pero no concluyen, de tal modo, que el pobre forastero que cree viajar por un camino abierto, tiene repentinamente que atravesar ásperos senderos é incultos eriales.

Existe otro inconveniente, y es que como los habitantes es-

casean en aquella comarca, recorre el viajero leguas enteras sin descubrir aldeas ni chozas, y cuando encuentra á algun ser viviente, le dá indicaciones vagas, porque carecen de señales seguras, como por ejemplo las torres, ya que no hay caminos.

Tal es, ó á lo menos era no ha muchos años, el estado del marquesado de Valrisueño, cuando los ilustres marqueses, acompañados de sus dos hijos y de un secularizado que corria con la educacion de estos, quisieron visitar algunas de sus posesiones. Es verdad que no se esponian á todos los inconvenientes de que hemos hablado, porque el cochera era natural del pais; pero temian que ir por en medio de las campiñas, y corrian el riesgo de romper el carruaje ó de volcar en alguna barranca.

Despues de una larga y asaz penosa correria, descubrieron en medio de un inculto valle y entre espesos matorrales, una manada de ovejas, guardadas por un niño de fisonomia inteligente. Hay seres privilegiados, cuyas facultades puede decirse que se desarrollan por sí solas, y cuyas ideas no necesitan ponerse en contacto con las de otro para hervir en la cabeza que las encierra. Tal era el pastorcillo, cuyo retrato verán nuestros lectores al frente de esta especie de biografia.

Los objetos que sus ojos habian encontrado desde la infancia, eran sencillos hasta rayar en monótonos; arena, pinos, brezos, juncos, y muy de tarde en tarde alguno que otro rudo campesino! Los unicos seres vivientes para él eran sus carneros, y nada le ayudaba, nada despertaba su pensamiento ni su inteligencia.

Sin embargo, gracias á una disposicion feliz que solo debia á la naturaleza, habia mirado con atencion cuanto le rodeaba, recogiendo multitud de observaciones sobre el cielo, las estaciones, los árboles y acerca de sí mismo. Habia notado, por ejemplo, que cierto viento traia la lluvia, y otro la sequia; que la llegada de tal pájaro anunciaba los calores, y su partida las escarchas. Otras muchas deducciones habia hecho por lo que advertia en sus carneros. Cuando los veia malos, trataba de indagar la causa, y conocia que su mal provenia de que habian roido tal ó cual raiz dañosa, tal ó cual planta peligrosa, y tenia cuidado de alejarlos de allí en lo sucesivo. Tambien se daba cuenta de las alteraciones que algunas veces experimentaba su propia salud, y aunque ignoraba el remedio, precavia la vuelta del mal con juiciosas precauciones, sin sospechar siquiera el pobre chico que de este modo ejercia una parte de la medicina llamada *higiene*. En una palabra, su pensamiento no estaba parado, y aunque falto de todo socorro, habia encontrado mas materia en que ejercitarlo que los niños de nuestras ciudades, en medio de los recursos de la ciencia y el aparato de la enseñanza.

Viva fué la impresion que produjo en nuestros ilustres viajeros la fisonomía del pastorcillo, y así parando el coche, le preguntó el secularizado cómo se llamaba.

«Victor, respondió.

—¿Qué edad tienes?

—Diez años.

—¿Dónde está tu padre?

—Lo mataron los facciosos.

—¿Y tu madre?

—Murió á poco.

—¡Pobre chico!.... ¿Y quién te sostiene en el día?

—Una viejecita que vive en el pueblo inmediato.

—¿De quién es este ganado?

—Del señor marqués de Valrisueño.

—¿Cuánto ganas?

—Veinte reales.

—¿Al mes? dijo la marquesa.

—Es claro, dijo el marqués.

—No, no, un duro al año, respondió Victor.

—¡Al año! esclamaron todos con voz conmovida.

—Te darán de comer, prosiguió el ayo.

—No señor; pero me dan albergue; me acuesto con mis carneros.

—¿Y con qué vives?

—La viejecita me hace un gazpacho por las noches, y me dá pan por la mañana, cuando lo tiene....»

Pocos días despues, Victor se hallaba en casa de los marqueses, vestido de pies á cabeza, y jugando con los dos hijos de estos. El buen eclesiástico se dedicó á enseñarle, y nuestro amigo se instruyó rápidamente. Al cabo de algunos meses declinaciones, conjugaciones, sintaxis, todo lo habia devorado, y por la noche se dormia con los autores clásicos en la mano, viéndosele al romper el día leyendo ó aprendiendo de memoria algun trozo de Ciceron ó de Virgilio.

Luego que volvieron sus protectores á Madrid, fué mas fácil al huérfano saciar su sed de saber, y dedicado al estudio de la medicina y la botánica, ha permanecido en esta corte hasta mediados del mes anterior que ha salido para el extranjero. Mientras que Emilio, el hijo mayor de Valrisueño, ocupa un grado eminente en la milicia, y su hija brilla en los salones de la aristocracia, tanto por su hermosura como por su finísima educacion, Victor Udaeta, que este es el apellido del huérfano, vá á instruirse en las naciones donde las ciencias están mas adelantadas que en España.

Veinte y dos años cuenta hoy el jóven manchego, y penetrado el marqués de la cordura de su protegido, ha puesto á su

disposicion los medios necesarios para que pueda perfeccionarse en sus estudios. Es regular que dentro de algunos años torne Udaeta á su patria, rico de conocimientos, y con un tesoro de amor y gratitud para con sus generosos protectores.

T.

LA BUENA MAGA.

¡Un cuento de brujas! ¡un cuento de brujas! hay tanto tiempo que no me cuentan VV. ninguno!—Y tenemos motivos para ello, queridos niños, porque hay muchos que creen que no debe hablarse á las tiernas imaginaciones de cosas fantásticas y maravillosas.—Sin embargo, es muy divertido un cuento de brujas! un cuento de brujas!—Vamos, hoy es preciso acceder á vuestros deseos; silencio pues, y atencion.

Pues señor.... (ya veis que poseemos el verdadero estilo) érase una viuda y un huérfano; la viuda se llamaba Catalina, el huérfano Ignacio, y se querían con toda la ternura de un buen hijo y una buena madre. Con todo, eran pobres y todos sus recursos estaban reducidos á lo que ganaba la viuda haciendo blonda; pero aunque trabajaba todo el día, y muchas veces pasaba parte de la noche sin dejar la labor, la pagaban tan mal los comerciantes á quienes tenía que vender su trabajo, que se contentaban frecuentemente madre é hijo con un pedazo de pan.

Entre tanto crecía Ignacio y ya tenía siete años; era amable, obediente, y se esforzaba en consolar á su madre, esperando llegar á ser bastante grande para ayudarla con su trabajo.

Esto sucedía hace mucho tiempo, y en un reino cuyo nombre no recordamos, pero que debía hallarse muy lejos de aquí, porque habia en él brujas, hechiceras y magos.

Un día, pues, que Ignacio iba muy triste á la escuela, como que solo llevaba en el bolsillo un pedazo de pan seco, tenía el corazón afligido, y de vez en cuando se enjugaba con el revés de la mano las lágrimas que corrían por sus mejillas. Cerca de la casa del maestro vió á algunos pasos de él una viejecita, que á lo mas tendría tres pies y medio de estatura y casi otro tanto de circunferencia, de suerte que podía creerse era una bola que rodaba mas bien que andaba.

«Parece, niño, que estás muy triste, dijo la viejecita á Ignacio.

—Ay! sí señora, respondió, y no sin motivo, pues mamá está muy mala; como hace quince dias que no puede trabajar, el casero no quiere concederle espera por lo que somos en deberle, y nos amenaza con ponernos en la calle.»

Al hablar de este modo, Ignacio continuaba enjugándose las lágrimas que salían mas gruesas y abundantes de sus grandes ojos azules.

«No hay que desesperar de la Providencia, amiguito, dijo la vieja: por otra parte, mas lastimosa es mi suerte, pues tú tienes pan en el bolsillo y yo no, aunque tengo mucha hambre.

—¿Quiere V. que lo partamos, señora? Mire V., tome V. lo que quiera, ó mas bien tómelo V. todo, y no tema privarme de él; estoy tan apesadumbrado que no podría comer.»

La viejecita tomó el pedazo de pan, lo dividió en dos, guardóse la mitad y despues dijo:

«Querido niño, ya que me has dado pan con tanta generosidad, á mi vez quiero darte dulce.»

Y sacando de debajo de su devantal un saco de lienzo muy blanco, y de él un tarro de dulce muy lindo, cubierto con p  pelo de color, lo alargó á Ignacio, el cual lo acept  , di   las gracias á la viejecita y siguió su camino. Cuando llegó la hora de recreo tuvo hambre á pesar de su tristeza que cada vez era mayor; y entonces abrió el tarro, hall  ndolo lleno de excelente grosella.

«Oh! decia sin dejar de comer; estoy seguro de que    mamá la gustará mucho, y de consiguiente voy á guardar la mitad.»

Y de cuando en cuando examinaba el interior del tarrito; pero acabó por advertir con gran sorpresa, que el dulce no disminu  , y al mismo tiempo conoció que su pedazo de pan, cuya mitad había dado á la viejecita, era tan grande como antes de ponerse    comer; y sin embargo, empezaba    sentir bien forrado el estómago. Esto le admir   mucho; pero se dijo que tal vez habría comido mucho menos de lo que se imaginaba, y hasta fines del día no volvió á pensar en semejante cosa. Luego que volvió á casa, se apresur   á contar    su madre lo que le había sucedido por la mañana, y la instó para que probase el dulce que llevaba. Esta consint   en ello, y como su enfermedad mas bien nacia de las privaciones que había tenido que imponerse que de otra cualquiera causa, hall   esquisito el dulce, y comió mucho: luego que se hart  , mir   el tarro y el pedazo de pan, y se quedó sorprendida viendo que absolutamente se hallaban en el mismo estado que cuando su hijo los llevó.

«    quiere decir esto, mi querido Ignacio? exclamó.

—No lo s  , mamá.... pero me figuro que Dios ha tenido piedad de nosotros.

—Tienes razon, hijo mio; d  mosle gracias por haber hecho este prodigio en favor nuestro.»

Despues de rezar se acostaron, y pasaron toda la noche en un sueño. Por la mañana, la señora Catalina, que se sentía

mejor, acababa de levantarse, cuando llamaron á la puerta: era el casero, hombre avaro y grosero, que iba á pedirle lo que le debía.

«Espero pagar á V. muy pronto, dijo la pobre viuda, porque gracias á Dios estoy mejor.

—Oh! respondió el casero alzando la voz, la gente de vuestra estofa nunca se da prisa á pagar.... Pero vive Cristo! que hace aquí un calor de todos los infiernos; he subido cinco pisos, y no me ofrece V. nada de refrescar.

—¿Qué quiere V. si no tenemos nada?

—Sin embargo en esta mesa veo dulce que se diría ha sido hecho para la boca de algun príncipe.

—Es verdad, dijo vivamente la señora Catalina; puede V. tomar lo que quiera.»

Y se apresuró á poner una silla delante de la mesa. El casero tomó sin cumplimiento el pan y el dulce; y como era no menos gloton que avaro, y nunca se agotaba el tarro, comió tanto que pilló una indigestion, la cual le tuvo en cama seis semanas.

Entre tanto, como la señora Catalina se sintiese mejor, se puso á trabajar, y al acercarse la noche dijo:

«Dios mio, se hace con tanta lentitud esta labor y ha ya algun tiempo que trabajo con tanta dificultad, que debo tener muy poco.»

Dicho esto, abrió el cajon de su bastidor, y empezó á medir la blonda hecha.... Una vara!... dos varas!...

«Ah! Dios mio, dijo; tengo mas de lo que creia!»

Pero aún no habia acabado, y de este modo contó hasta cuarenta varas!...

«Mi querido Ignacio, exclamó, mírame.... hálame.... ¿Es verdad que no sueño?

—Mamá, dijo Ignacio, yo tambien he contado cuarenta varas.

—Pero si esto es casi una fortuna! Mañana iré á venderla, y nuestros males tendrán fin.»

La madre y el hijo tuvieron una noche de felicidad, porque esperaban, y la esperanza es una cosa tan dulce! A la mañana siguiente, la señora Catalina se dió á recorrer las diversas tiendas donde solia vender su blonda; pero aquella respetable mujer estaba tan pobremente vestida, parecia tan humilde, que los primeros comerciantes á quienes se dirigió la trataron desde lo alto de su grandeza, y le ofrecieron por la blonda seis veces menos de lo que valia. La pobre mujer acaba de entrar en la quinta tienda, y cansada de regatear iba á dar su blonda por lo que le ofrecian, cuando una viejecita entró en la tienda, y dirigiéndose al principal le dijo:

«No le dá á V. vergüenza querer comprar por medio duro lo que venderá V. en tres ó cuatro?»

— Buena mujer, dijo el comerciante, ¿qué pide V.? hoy no es día de limosna.

— Tanto peor para V.!... Pero para mí es día de justicia, y repito que estas cuarenta varas de blonda valen cincuenta duros.

— Pues entonces, pobre loca, ¿por qué no las compra V.?

— Eso es lo que voy á hacer, seor tunante.

Dichas estas palabras, la viejecita se echó atrás el capote forrado de pieles con una capucha sucia y rota que la cubría de pies á cabeza, y apareció vestida con un manto de terciopelo sembrado de piedras preciosas; en sus cabellos artísticamente peinados llevaba diamantes como avellanas, y un collar de enormes perlas finas caía sobre su pecho. Sacó del seno un bolsillo de hilillo de oro, y de este cincuenta duros que dió á la señora Catalina. Durante este tiempo, el mercader pareció estupefacto; sin embargo, se repuso; pero en el momento en que habría la boca para preguntar lo que aquello significaba, la viejecita se envolvió en el capote, cojió la blonda que acababa de pagar y desapareció. La señora Catalina salió también de la tienda, y cuando entró en su modesto domicilio, estaba casi loca de alegría. También Ignacio se puso muy alegre luego que su madre le contó lo que acababa de sucederle.

« Mamá, dijo, esa hermosa señora no es muy baja? á lo mas tan grande como yó.

— En efecto, he hecho esta observacion, respondió la señora Catalina.

— Es casi tan gruesa como alta?

— Parecía muy gruesa, es verdad, con su capote viejo; pero en seguida me pareció bien formada, con su manto de terciopelo que deslumbraba.

— Estoy seguro que es la señora del dulce; y esa buena señora, mi querida mamá, es ciertamente alguna gran hechicera que nos ha tomado bajo su proteccion. »

Apenas acababa de hablar, cuando oyeron llamar á la puerta; la señora Catalina fué á abrir y al instante entró la del capote de pieles: luego que Ignacio la vió, se arrojó en sus brazos, abrazándola de todo corazon.

« Señora, la dijo, estoy seguro de que es V. una gran hechicera; pero es V. tan buena que en lugar de tener miedo, me siento tranquilo á su lado.

— Y tienes razon, amigo mio; los niños como tú nada tienen que temer de mí, pues yo soy la Buena Maga, protectora de las viudas y los huérfanos. »

La señora Catalina estaba tan conmovida que no podía hablar, pero se arrojó á los pies de la hada y abrazó sus rodillas. La Buena Maga la levantó con bondad, y la dijo:

« No tenga V. miedo, señora, sus virtudes han conquistado mi

proteccion, y en lo sucesivo solo podría V. ser desgraciada renunciando á las buenas cualidades que ha demostrado hasta aquí, lo cual creo imposible.»

Mientras la madre respondia á este cumplimiento, Ignacio fué en busca del único sillón que habia en toda la casa, y se lo presentó á la buena hada; pero ella no quiso sentarse, y sacando como la vez primera un saquito de lienzo blanco de debajo de su devantal, estrajo de él muchos tarritos que puso sobre la chimenea, y despues partió. Ignacio se apresuró á examinar aquellos tarritos que estaban rotulados: en uno leyó, *conserva de albaricoque*; en el segundo, *jalea de manzana*; en el tercero, *dulce de cereza*; en el cuarto, *conserva de ciruela*.....

«Oh! mi querida mamá, dijo; nuestra fortuna es segura; podemos poner una tienda de confitería.

—Tú estás loco, Ignacio; cómo surtiremos una tienda con cinco tarritos?

—Nada mas fácil; solo se trata de comprar muchos tarros vacíos y llenarlos con la ayuda de estos que son inagotables.

—Vamos á ensayarlo, dijo la madre.»

Compró pues cierta cantidad de tarros de diversos tamaños, y ambos comenzaron á llenarlos; lo cual se verificó sin dificultad, pues, como Ignacio habia adivinado, los tarros que la Buena Maga habia dejado sobre la chimenea tenian la misma propiedad que el primero, y podian suministrar cuanto dulce se quisiera, quedando siempre en el mismo estado. La señora Catalina alquiló una tienda, lo cual fué tambien muy fácil, gracias á los cincuenta duros que habia recibido de la Maga por la blonda.

Bien pronto no se habló en todo el reino de otra cosa que de las divinas conservas de la señora Catalina, la cual todos los dias vendia una gran porcion de sus tarros, y como los de la Maga eran siempre inagotables, no tardó en vivir con toda comodidad. ¡Ay! así está formado el corazon humano: con la riqueza se infiltraron en su corazon la ambicion, el deseo de amontonar. En cuanto á Ignacio, al crecer habia tomado el aire importante de un hombre que posee y no teme los cambios de la fortuna: y cuando su madre le recordaba los beneficios de que los habia colmado la Buena Maga, respondia con aire distraido ó de importancia:

«¡Dios mio! es una cosa muy sencilla; esto le costaba tan poco! En su lugar yo hubiera hecho otro tanto.»

Esto olia mucho á ingratitud, y la señora Catalina se afligia en extremo; pero Ignacio no era ya un niño, y no hacia caso de las reflexiones de su madre.

Entre tanto la fama de la casa del *Huérfano*, que así se llamaba, iba creciendo; hasta en la corte se habló de él, y estando convaleciente la hija del rey de una enfermedad larga y peligro-

sa, manifestó deseos de comer un poco de ese dulce tan bueno. Al instante fué á casa del célebre confitero un despensero de palacio, y al saber Ignacio la alta calidad de la persona que le enviaba, obtuvo el favor de presentar él mismo á la princesa el dulce. Eligió, pues, unos cuantos tarros de rica porcelana, los colocó en un canasto, forrados por dentro de terciopelo color de rosa, y por fuera azul, y entró en un coche, mandando al cocherero que le llevase á palacio con toda la rapidez posible. El cocherero lanzó sus caballos á galope; pero á la mitad del camino el carruaje se paró en medio de una calle estrecha.

«¡Cochero! ¡cocherero! ¿qué haces, pícaro? exclama Ignacio asomándose á la portezuela; no te he mandado que me lleves á escape al palacio del rey, donde me esperan!...»

Y dijo esto en alta voz, á fin de que lo oyesen los que pasaban, y le tuvieran por un gran personage.

«Señor, respondió el cocherero, la calle es tan angosta, que si no hubiese contenido los caballos, el coche hubiera aplastado á una pobre mujer que se habia caído y conducen ahora al hospital.

—¡Maldita gente! exclamo Ignacio; no tiene otro oficio que embarazar á los que pasan, cortándoles el camino!»

Casi al instante, el carruaje empezó á rodar con rapidez. Ignacio llegó á palacio, y al momento fué admitido á presentar su dulce á la princesa, la cual lo esperaba con impaciencia, y quiso probarle sin mas ni mas. Una camarista se apresuró á abrir uno de los lindos tarros de porcelana.

Figuraos cuál sería la sorpresa de todas las personas que se hallaban presentes al ver que el tarro estaba lleno de jalea mohosa que exalaba un olor infecto! Ignacio asustado, fuera de sí, abre uno tras otro todos los tarros... Oh dolor! todos están como el primero, y el olor de putrefacción es tal que la princesa y las camaristas huyen horrorizadas! Ignacio se creyó perdido, y aprovechándose del asombro general, se escabulló. De vuelta á su casa se apresuró á reconocer los tarros colocados en su tienda..... Ay! su desgracia era completa; todos habian sufrido la misma suerte, y aquel dulce tan afamado solo era podrido estiercol.

Entre tanto el rey, habiendo sabido lo que habia sucedido á su hija querida en el asunto de los dulces, se puso colérico: apenas habia un cuarto de hora que Ignacio se hallaba en casa, cuando llegó un oficial con un piquete, é intimó á la señora Catalina y á su hijo que tenia orden de llevarlos presos, lo cual ejecutó sobre la marcha.

Ay! mi querido hijo, decia la señora Catalina; la Buena Maga nos ha abandonado, y temo que hayamos merecido este abandono.

— V. no, mi querida madre, dijo Ignacio llorando, V. no, que

es tan buena; pero yo sí, que no soy mas que un ingrato: la fortuna me habia cegado, y mi corazon se endurecia..... Sí, lo conozco, merezco ser castigado, y no me quejaría, si V. no sufriese tambien!

— Buena Maga, exclamó la madre, ya lo oyes, su corazon no está corrompido puesto que se arrepiente!..... Protectora de la viuda y del huérfano, nos abandonarás en esta ocasion?»

Apenas la señora Catalina habia hecho esta invocacion cuando apareció la viejecita, sin que supiese por donde habia entrado, pues la puerta estaba sólidamente cerrada y la ventana provista de sólidos hierros.

«Hijos míos, les dijo, necesitabais una leccion; vuestra fortuna es en el dia considerable, y sin embargo solo pensais en aumentarla: ni una vez sola se os ha venido á la mente de que hay en el mundo una multitud de infelices á quienes mis cinco trarritos pueden ser tan útiles como á vosotros; V., señora, estaba en camino de hacerse avara, y tú, joven, te habias convertido en duro y orgulloso, siendo ya tiempo de que yo pusiese orden á esto. Vuestro buen natural estaba á punto de naufragar, y yo lo he salvado.

— Ah! señora, dijo Ignacio, arrojándose á sus plantas, castigame V., pero en nombre del cielo vuelva V. á mi madre su preciosa amistad; este es el único favor que imploro.

— Abrázame, hijo mio, dijo la Buena Maga sonriéndose; veo que solo estaba dañada la corteza; no puedes ser mal hombre puesto que eres buen hijo, y por otra parte era muy natural que la embriaguez de la fortuna te hiciese cometer alguna necedad... Ya el rey, á quien han hablado por vosotros, os ha perdonado, y dentro de pocos instantes vais á ser puestos en libertad. A Dios.»

Y la Buena Maga se fué como habia venido. Algunos minutos despues fueron puestos en libertad la señora Catalina y su hijo, y desde aquel momento no cesaron de hacer el uso mas noble de la fortuna que habian adquirido.

MORALIDAD.

Las buenas cualidades que Dios ha puesto en el corazon del hombre, sufren alteracion no pocas veces, no solo en la desgracia, sino en la prosperidad. Compadezcamos pues á los pobres y perdonemos á los ricos sus estravíos, porque nadie puede decir con seguridad: si yo estuviera en lugar de ese hombre, obraría mejor que él.

CIENCIAS Y NUEVOS DESCUBRIMIENTOS.

Utilidad del vapor en las artes.—Ignorancia de la antigüedad acerca de esto.—Dionisio Papin.—Bombas de fuego.—Máquinas en las fábricas.—Barcos de vapor.—Caminos de hierro.

Hace un siglo tan solo que el vapor es un agente poderoso en las artes, no siéndolo tanto ninguna otra sustancia ó materia. Siempre se ha hecho fuego: siempre se ha visto que el agua hirviendo exhalaba vapores: siempre ha podido observarse que este vapor, si no encontraba salida, permaneciendo encerrado en el vaso en que se creaba, adquiría tal fuerza que rompía este vaso y se escapaba con violencia. De consiguiente, se hubiera podido saber que el vapor aprisionado era capaz de levantar pesos, y arrojar lejos de sí lo que se oponía á su paso; y sin embargo esta observación, que podía dar lugar á las mas útiles observaciones, ha sido estéril entre todos los pueblos hasta los tiempos modernos; la antigüedad, que por otra parte ha hecho tan grandes cosas, ha dejado á nuestra época el honor del descubrimiento de la utilidad del vapor.

Al principio algunos sábios aislados fueron los que en diversos países meditaron sobre el partido que se podía sacar del agua hirviendo en evaporación. En Francia, Dionisio Papin es uno de los primeros que tuvo esta idea, á cuyo efecto hizo ensayos que le han valido el título de inventor y un monumento que su pueblo natal ha consagrado á su memoria. Sin embargo, pasó el siglo XVII sin que se sacase partido de este descubrimiento, cuya utilidad no podía negarse. Pero en el XVIII, cuando todas las ciencias hicieron rápidos progresos, la generalidad persuadióse también de la ventaja que podía sacarse del vapor como motor principal en las artes mecánicas. Cuando el vapor caliente penetra desde abajo en un tubo que tiene fijo un pistón, ejerce efecto inmediato sobre este pistón, al cual alza hasta arriba. Si en seguida dejais escapar el vapor, ó si introducis el aire frío en el tubo, como el pistón no está sostenido, vuelve á caer hasta abajo. Teneis de consiguiente un medio muy sencillo de alzar y bajar uno tras otro toda clase de mecanismos, alzando por medio del vapor los pistones que contienen, y bajándoles en seguida por medio de la introducción del aire frío en los cilindros ó tubos donde están encerrados. Pues bien, este movimiento alternativo es el que en la actualidad hace obrar toda especie de mecanismos en las fábricas, en los establecimientos públicos, sobre el agua y sobre los caminos de hierro. Lo que no se obtenía en otro tiem-

po sino á fuerza de brazos y con grandes dificultades, ó con el auxilio de caballos, ó por medio de mecanismos muy complicados y muchas veces descompuestos, se logra hoy, gracias al vapor, y por medio de máquinas de hierro que trabajan con admirable precision.

En Inglaterra, pais que habia hecho grandes progresos en la industria fabril, fué donde se conoció desde luego todo lo que valia aquel descubrimiento que se apresuraron á poner en práctica. Construyeron bombas movidas por el vapor para elevar el agua y distribuirla en las poblaciones; construyeron otras máquinas para las fábricas de tejidos de algodón y lana, para las fraguas, para las herrerías, para los trabajos en acero, para la acuñacion de las monedas, y para una infinidad de otras industrias.

En Francia andubieron mas lentos en aprovecharse de la misma ventaja, y fué necesario el ejemplo de la Inglaterra para disipar todas las dudas. Los hermanos Perrier fueron los primeros que al cabo de muchos años de esfuerzos y solicitudes, construyeron en París la primera máquina de vapor, ó como entonces se decia, la primera *bomba de fuego*, para elevar el agua del Sena y llevarla á la colina inmediata, desde la cual se distribuye por los diversos cuarteles de París. Conforme á aquel modelo, se construyó á la orilla opuesta del Sena la bomba de fuego del Gordo-Caillet, y mas tarde hicieron otra bomba á la entrada de París, al este del jardin de las plantas. Tambien ahora por medio de una máquina de vapor de construccion mucho mas elegante, se suben las aguas del Sena hasta la cima de las colinas de Marly, y desde alli se dirijen á Versailles, poblacion edificada en un terreno privado de rio, y que no podría ostentar á la vista de los parisienses y extranjeros el magnífico espectáculo de los surtidores de agua, sin la ingeniosa máquina que alimenta los estanques del jardin del palacio.

Hasta principios del siglo actual se habian contentado con emplear las máquinas de vapor en establecimientos determinados, habiendo perfeccionado el mecanismo, sobre todo en Inglaterra, donde Watt y Boulton se distinguieron en la construccion de máquinas de vapor, las cuales mejoraron. Es probable que entonces se creyera que la industria humana no podría avanzar mas, y que solo las fábricas estaban destinadas á aprovecharse de aquel importante descubrimiento; pero nuestro siglo debia ver otras maravillas.

Desde el principio hubo quien concibió la idea de colocar maquinillas de vapor en barcos provistos de ruedas, para hacerlos avanzar rápidamente y mucho mejor que con remos. El americano Fulton fué el primero que ensayó este mecanismo, y á fuerza de perseverancia consiguió su objeto. Apenas hay treinta años que se introdujeron los barcos de vapor, y ya salen ciento ó mas

del puerto de Londres; todos los rios de los Estados Unidos de América, la Gran Bretaña, Francia y Alemania, así como algunos de España, Portugal, etc. tienen servicios organizados con regularidad de barcos de vapor, en los cuales hallan los viajeros cuantas comodidades pueden desear y es posible reunir en el estrecho espacio de un buque. El océano mismo es surcado ahora por embarcaciones de este género, á cuyo bordo son las travesías mas rápidas y agradables.

Luego que se vió cuan fácil era caminar rápidamente sobre el agua por medio de las máquinas de vapor, otros hombres de ingenio concibieron el pensamiento de emplear el mismo medio para los caminos de tierra. También fué en Inglaterra donde se hicieron los primeros ensayos, saliendo á pedir de boca. Allanaron el terreno, pusieron en él barras de hierro llamadas carriles, sobre las cuales hicieron rodar ruedas de hierro de carruajes provistos de máquinas de vapor, las cuales empujaban esas mismas ruedas. A esas casas rodaderas llamadas locomotivos, ataron coches para los viajeros que también rodaban sobre las barras de hierro. El resultado fué prodigioso; comprendióse sin dificultad que acababa de adquirirse el medio de salvar con extraordinaria prontitud los espacios si se les preparaba para este efecto; y al punto todas las naciones se apresuraron á construir caminos de hierro, pues de este modo se llaman esos caminos nuevos, y á ponerse en comunicacion unas con otras.

No hay quince años que está en uso esta nueva invencion, y en todas partes se ejecutan ó proyectan caminos de hierro. La invencion no es tan antigua que no haya mucho que aprender todavía. Estas lecciones cuestan muy caro algunas veces; pero poco á poco se irá aprendiendo sin duda á evitar ó á disminuir cuando menos las desgracias, tomando precauciones contra los sucesos imprevistos. No maldigamos la invencion, porque es muy bella y muy útil para que se la abandone; lo que debemos hacer en bien de la humanidad y gloria de la ciencia, es hacerla menos peligrosa.

DE COMPAÑERO A COMPAÑERO.

ANECDOTA COMICA.

El duque de Rocaflor, que consagró al estudio de las artes y de las antigüedades una fortuna de consideracion y su vida entera, vestia con estremada sencillez.

Un día, cuando todavía era muy jóven, se paró en una calle de Sevilla delante de una tienda, sobre la cual un pobre pintor de muestras pintaba un San Francisco. Viendo desde lo alto de la escalera el humilde artista de veinte años que examinaba su obra un hombre conocedor al parecer, creyó al ver su traje que sería de su mismo oficio.

Bajó, pues, de su trono al aire libre, y rogó á su compañero le dijese con franqueza su dictámen, y quedó tan contento con las observaciones que el otro le hizo, que le suplicó retocase su obra.

Amable en extremo el duque, ejecutó lo que el pintor le pedía con la mejor voluntad, y cogiendo brochas, pinceles y paletas, sube á la escala y termina la pintura á satisfaccion del autor titular.

Este último, alegre en extremo, y no sabiendo cómo expresar su gratitud, le insta sin cumplimiento á que entre con él en una taberna inmediata. El grande de España quiere llevar hasta el fin su amabilidad, y acepta con alegría la invitacion: hé aquí, pues, al rico y poderoso duque de Rocaflor bebiendo y charlando con el pintor de brocha gorda, de compañero á compañero.

Mas como es preciso que todas las cosas tengan fin, se levantan de la mesa y salen de la taberna; y cuál no es la admiracion de nuestro hombre cuando vé acercarse un magnífico carruaje, y que los lacayos abren á su compañero la puertezuela con el mayor respeto! «Hasta la vista, camarada, le dijo Rocaflor dándole la mano; tomaré la revancha la primera vez que nos veamos.»

Y en efecto, la tomó, pues mientras vivió fué protector decidido del jóven pintor de muestras.



HISTORIA SAGRADA.

REINO DE ISRAEL.

I.

Victoria de Hazael. — Muerte de Jehu.

El Señor había prometido á Jehu que el cetro de Samaria que había dado á su casa, no saldría de ella hasta la cuarta generacion, siendo esta una recompensa de su celo en ejecutar las órdenes de Dios contra la familia de Achab y de Jezabel.

Pero Jehu no siguió mereciendo por mucho tiempo estas pruebas de bondad, pues animó el culto de los ídolos, indisponiendo al Señor con su conducta. Mientras él se hallaba ocupado en afirmar su autoridad, Hazael, rey de Siria, marchó contra él, y se apoderó de todas las tierras que poseía allende el Jordan; pérdida inmensa para el reino de Israel, porque aquellas hermosas provincias constituían toda su riqueza. En aquella guerra puso Hazael en juego el incendio, el asesinato y la matanza, cometiendo los sirios crueldades atroces.

El reino de Samaria, tantas veces vencedor, no pudo resistir á tan violentas usurpaciones, y el mismo Jehu, Jehu, general famoso en otro tiempo, se dejó arrebatar uno á uno los florones mas bellos de su corona.

Al cabo de un reinado de veinte y ocho años murió, dejando á su hijo Joachas un reino mutilado, cargado con un pesado tributo y deshonorado bajo el oprobio de una esclavitud vergonzosa.

Después de hacer á su padre los honores fúnebres, aquel príncipe procuró alejar del reino á los sirios; pero no se valió para conseguirlo del único medio que podía salirle bien, y no era otro que aplacar al Señor, derribando el culto de los ídolos. Animó al pueblo á que siguiese adorando becerros de oro, y le apartó de todas las relaciones que debía haber tenido con el de Judá.

Hazael murió, y Joachas concibió esperanzas de respirar un poco; pero Benadad, hijo y sucesor de Hazael, continuó las crueldades de su padre contra el reino de Israel.

Joachas, derrotado en todas partes, vió destruidos sus ejér-

bitos ; y su reino , tan pujante en otro tiempo , obligado á doblar la cabeza sin osar siquiera defenderse.

Viendo el rey de Israel que iba á perecer , al fin elevó al cielo los ojos , é imploró el auxilio de ese Dios , desconocido por tanto tiempo , conjurándole á que le socorriese.

Dios, en su bondad, se dejó llevar de sus lágrimas, olvidó los errores de Israel y le prometió un libertador.

Por un milagro sorprendente , detúvose la Siria en medio de sus triunfos , y se contentó con las conquistas que ya habia hecho : retiráronse las tropas enemigas de todo el pais por donde se habian diseminado , y de este modo sin victoria ni tratado de paz cesó la alarma en Israel.

Pero el rey no tenia bastante fuerza de voluntad para destruir los ídolos , y dejó que el pueblo los adorase , estableciendo impías funciones hasta en Samaria. Dios no quiso acabar con Joachas, porque el arrepentimiento que habia mostrado al principio apagó la antorcha de su cólera que brillaba todavía.

Habia prometido á Israel un libertador, y se lo dió en la persona de Joas , hijo de Joachas , y á quien este dió participacion en el mando.

Esta asociacion duró dos años , durante los cuales ambos príncipes pusieron en pié las fuerzas del estado , instruyeron á los soldados , y alentaron el valor del pueblo , abatido con los reveses que habian sufrido.

Joachas murió , dejando el reino á su hijo , y fué enterrado en Samaria en que ya reposaba Jehu.

